



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CARTA ABIERTA AL INGENIERO BONILLAS.

POR ENRIQUE BELTRAN.

México, D. F., 17 de marzo de 1920.

Señor ingeniero don Ignacio Bonillas,

En plena ovación, donde se encuentre.

Señor ingeniero:

Esta carta llegará a manos de usted cuando, después de cruzada la frontera, ya habrá tenido ocasión de empezar a comprobar cuanto le dijimos en nuestra anterior.

¿Qué tal recibimiento, señor Bonillas? ¿Le pasaba a usted por la imaginación que su humilde personalidad era tan popular entre los mexicanos? ¿No le parece a usted que en ese su súbito engrandecimiento, hay algo de la maravillosa lámpara de Aladino?

Todo sér humano, instintivamente, ansía conseguir, para sí, el respeto, la admiración y el cariño de sus semejantes; pero es difícilísimo que llegue a conseguirlo ni aún entre sus familiares. ¡Cuántos salvajes han sufrido estoicamente el martirio de hacerse grabar complicados tatuajes sobre todo su cuer-

po y cuando, gracias a ellos, esperaban producir sobre la tribu el efecto de superioridad apetecido, sólo han tenido como recompensa sangrientas burlas! ¡Cuántos geniales sabios han muerto, en ocasiones a edad muy avanzada, sin haber conseguido que la humanidad les rindiese el homenaje debido a sus altísimos méritos para con ella!

Usted, señor Bonillas, no ha dado aún el primer paso por la escabrosa senda que emprenden los genios; ignoramos que se haya hecho tatuar y, sin embargo: ¡ya es usted querido! ¡ya es usted respetado! ¡ya se le admira!... ¿no será esto debido al mágico pero engañoso conjuro de los magos: Amaya, Montes, Jacobo Valdés, Pliego y el gremio de pulqueros?

El Arte y sólo el Arte, es capaz de producir para sus adeptos una popularidad tan grande, tan espontánea, tan ruidosa y, sobre todo, tan súbita como la que usted está disfrutando.

En efecto: cantan la Raisa o Caruso; tocan Paderewski o Cassal y la onda de sus armonías llega hasta adonde no pueden llegar las "hertzianas"; escriben Anatole France o d'Annunzio y son leídos en todas las lenguas; pinta Durero o esculpe Rodin y las artes gráficas se encargan de hacer conocer sus obras en millones de revistas ilustradas; filman la Bertini, Pearl White, Chaplin o Max Linder y en cientos de miles de pantallas pasan sus imágenes; da un "pase de la muerte" Gaona o un "knock out" Charpentier y retiemblan los cables para que en el acto sepa el mundo tales hazañas; por último, da muestras un hombre en el campo de batalla de que conoce a fondo el arte de la guerra

y no hay niño de escuela en el planeta que ignore quien es Foch.

Usted, señor Bonillas: ni canta ni toca; ni hace prosa ni versifica; ni pinta ni esculpe; ni filma ni torea; ni es campeón de box ni ha olido la pólvora, y... sin embargo, ¡de pronto ha adquirido la misma popularidad que un gran artista!... ¿no será ésto debido a mágicos, pero engañosos conjuros de los magos Amaya, Montes, Jacobo Valdés, Pliego y el gremio de pulqueros?

Dicen que los dioses aman a la juventud, y por eso, vierten generosamente sobre ella sus más preciados dones.

Usted, señor Bonillas, siendo un viejo, se ha hecho amar en el Olimpo: Juno reviste la insignificancia política de usted con las plumas de su pavo real; Minerva cubre la medianía intelectual de su cerebro con el casco de las sabidurías; Neptuno manda a las brisas que lleven su nombre, ayer obscuro, para que en todo el Anáhuac lo repitan: así como ordena que las olas aprisionen en su salobre seno el eco de ese nombre aclamado, para que las del Golfo vayan a libertarlo en los países por donde sale el sol y las del Pacífico lo entreguen a aquellos donde para nosotros se ponen las estrellas: ¡Vulcano no cesa de forjar los rayos que Júpiter habrá de lanzar sobre los enemigos políticos de usted, el Bienamado del Olimpo!... ¿no se deberá todo a un espejismo provocado por el mágico conjuro de los Amaya, de los Montes, de los Jacobo Valdés, de los Pliego y del gremio de pulqueros?... ¡Quién sabe!; porque en esta intervención de los dioses hay algo real: el que Mercurio, dios de los... dineros, es no-

toria su alianza con los magos y también es visible que la divina pareja, Marte y Venus, ante usted y su acompañamiento de magos, sonríen compasivamente: él, porque sólo ve en usted a un pacífico burgués, aunque lo califiquen de revolucionario activo; ella, porque nunca ha otorgado su protección a los ancianos.

Ahora bien, conjuro mágico de Arte, conjuro mágico de Mitología; de todos modos, el caso de usted es uno demasiado fantástico para ser real; ¿no lo cree usted, también, así, señor Bonillas? Precisa, pues, que se dé usted cuenta cabal de lo que, probablemente, ya sospecha su intuición: que está usted pisando un vasto escenario en el que la belleza de los sitios está representada por decoraciones pintarrajeadas burdamente, pero con efectismo; las Famas que incansables suenan sus trompetas en honor de usted volando de un lado a otro, tienen su vuelo urdido por hilos invisibles manejados detrás del foro; en una palabra, se encuentra usted en medio de una gran tramoya cuyo buen funcionamiento se está tratando de asegurar, derrochando dinero a manos llenas, para que produzca un completo ilusionismo en usted, que es el actor, y en el pueblo, que es el público; pero piense en la caída del telón y podrá prever que, cuando eso suceda, se verá ya claro, como la luz del día, que todo ha sido mera obra de la empresa Amaya, Montes, Jacobo Valdés, Pliego y el gremio de pulqueros, quienes habrán sabido sacar ciento por uno del capital invertido para explotar el renombre artificial que a usted están dando y la credulidad de un pueblo al que están tratando de engañar.

Esa representación está en sus comienzos y todo principio es bueno, porque se ha puesto especial empeño en arreglar debidamente los detalles de ella: en cuanto a los espectadores, los que a ella han concurrido son de dos clases: los de paga y los que pagan por ir; que son los generalmente llamados "claque"; hasta estos momentos, la claque ha cumplido con su deber: aplaude la aparición de usted en escena, obliga a que le toquen dianas y se lanzan confetti, serpentinas y flores sobre el tablado... los espectadores de paga, hacen bulto, sirven para que la crónica diga: "estaba el teatro de bote en bote"; pero... todavía faltan muchos actos y en ellos está el peligro de que lo que tan bien ha comenzado, de pronto cambie de orientación, a pesar de los esfuerzos de la mencionada "claque"; ¡cuál sería la causa?... ¡cualquiera!; muchas veces la más trivial: un escotillón mal cerrado que al pisarlo baja y da con el cuerpo del actor en el foso; una bambalina mal clavada que una corriente de aire hace caer sobre el escenario; la desafinada de un músico; el ladrido de un perro; la guasa de uno de galería; una falsa alarma de alguien que, aun de buena fe, grita: "¡fuego!" o "¡tiembla!"... el dedo del Destino, señor Bonillas; ese dedo del Destino que con sólo llevar una imperceptible partícula de sílice a un repliegue de la vejiga de Cromwell, trocó la dinastía del cervecero en la dinastía del que éste había decapitado; ese dedo del Destino que por el simple informe erróneo de un pastoreillo, transformó la segura victoria del Monte San Juan de Napoleón, en la tremenda derrota de Waterloo que llevó al amo de Europa al peñón de Santa Elena.

Tal es el resultado de todas las situaciones falsas, de todo lo artificial, de todo lo que se hace asentándolo sobre los hombros de la mentira; sobre los encorvados lomos de lacayesco servilismo y pidiendo puntales al oro corruptor indebidamente conseguido, llega la Verdad, y la mentira huye dejando al aire los cimientos; surge la Dignidad ofendida y a fuetazos hace huir a los serviles, dejando sin apoyo a lo que sus encorvados lomos sostenían; llega la Honradez y devuelve a sus arcas el oro salido de ellas; con lo que el edificio: al aire los cimientos, sin apoyo los muros y sin puntales el techo, se viene abajo con aplauso de la Verdad, de la Dignidad y de la Honradez; pese a los esfuerzos de los Amaya, los Montes, los Jacobo Valdés, los Pliego y el gremio de pulqueros.

Ahora bien, para el éxito de una representación hay que tomar en cuenta dos factores: el género de la misma representación y el público que ha de asistir a ella.

La elección de actores, depende del género de representación, la elección de obra, depende del público al cual se visa para clientela.

Si se trata de una representación de género chico, no importa gran cosa el mérito de los actores: todo se confía a la habilidad del director de escena y a los caudales que se ponen a disposición de éste para montar bien la pieza, en lujo de conjunto y de detalles; si se trata de una obra seria, de las llamadas de "tesis", se necesita atrezzo; pero, ante todo y sobre todo actores, actores que tengan todas las cualidades necesarias para representar a conciencia su papel.